

Íñigo Echenique

*Las desventuras
de Jonás Plum*

 ediciones
ÁMBAR

Primera edición en esta colección: febrero, 2009

© Íñigo Echenique, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

Diseño de la portada: Helena Velázquez

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936784-1-8

Depósito legal: B-2940-2009

Impreso y encuadernado en Liberdúplex.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Gabriela, Íñigo, Lucas, Guillermo, Diego y Nicolás
con mi corazón.
Y a Toni Tena, amigo y compañero de naufragios infantiles.*

Aquí hay un espacio reservado, señor.

SHAKESPEARE, *Macbeth*

1. *Isla Jonás*

Lunes 16 de enero del año de Nuestro Señor de 1809

A veces pienso si será mi nombre, Jonás, lo que ha condicionado mi vida. Me he visto en el vientre de la ballena del infortunio para después ser vomitado, con perdón de la expresión, a la playa de la ventura. A diferencia del santo rebelde, a mí el cetáceo me ha engullido una y otra vez en un ciclo regular, cuyo orden oculto no he conseguido desgranar a pesar de dedicarle gran parte de mis reflexiones más profundas.

Tras haber sido célebre como capitán corsario, hoy me encuentro abandonado y solo en esta pequeña isla que probablemente será mi tumba. Si es así, quiero dejar constancia a la posteridad de que creo justo que lleve mi nombre como primer ser humano que la ha hollado. «Isla Jonás» o «Islote Jonás». En el caso de que sean buques ingleses los que se apropien de ella, como están haciendo con todo accidente geográfico en los últimos tiempos, podrían llamarla «Jonás Island». Ahora que me dispongo a pasar con pena-

lidad infinita lo que me reste de vida en este asco de isla, esta mísera vanidad me puede servir de pequeño consuelo. Juan Fernández en el Pacífico y Jonás Island en el Caribe. Unidas por la celebridad de sus únicos moradores: Alexander Selkirk y Jonás Plum, servidor de ultratumba de quien pueda leer algún día estas memorias.

Hace ya tres días que habito y gobierno esta mota de tierra olvidada.

A ella vine como Dios me trajo al mundo. Mi llegada fue dramática y, a la par, esperanzadora. Aún guardaba las imágenes de la feroz tripulación bramando venganza. Carras desencajadas, surcadas de las cicatrices más horribles, con sus bocas deformes de ira escupiendo insultos. Y lo peor: sus alientos pestilentes en mi nariz. Incluso algunos, y lamento decirlo por ellos, al gritarme junto a la cara dejaban escapar salivilla sobre mi rostro curtido, en forma de ligera llovizna. Estos sueños iban acompañados de una conciencia de opresión y humedad. Tenía la espantosa conciencia de que mi cuerpo desnudo había sido enterrado vivo con una mortaja de algas.

Un dolor agudísimo me hizo volver al mundo real. Un ave marina, del género de las gaviotas, picoteaba la única parte visible de mi organismo que, además de la nariz, sobresalía de la arena. Sin duda la avecilla no tenía malicia y pudo confundir esa zona con un gusano marino. Aunque de cierto tamaño.

El aspecto positivo, que siempre procuro ver, estriba en que un despertar tan doloroso e indigno tal vez me libró de morir más tarde ahogado, pues la mar, atraída por la luna y los planetas diversos, elevaba sin tregua su nivel. O así me lo pareció a mí.

De esta forma cruel, como muchas de sus manifestaciones, la Madre Naturaleza me mostraba que en ella podría tener una amiga leal y constante; aunque también hay que entenderla porque a menudo es antojadiza. Como todos.

El juicio en la popa, sobre el alcázar, fue injusto en grado máximo pero afortunadamente breve. Los tripulantes discutían sobre mi destino acaloradamente. Para unos la sentencia más satisfactoria era pasarme por la quilla de nuestro bergantín. Otros preferían colgarme de los pulgares con un peso en los pies o bien en otra parte más sensible. Un grupo más creativo propuso que me sacasen los ojos y después los intestinos ante mi propia vista aunque desistieron al no ponerse de acuerdo sobre el orden en que habría que hacer las diversas torturas.

Finalmente, para mi fortuna, el del parche en el ojo, que no era partidario de debates intelectuales, dijo: ¡carne de tiburón! y con un gran sopapo, sin más, me arrojó a la mar a dos millas de la Isla Jonás envuelta en bruma.

Cuando me incorporé en la playa, me vi desnudo y, al igual que nuestro padre Adán, pero milenios después, sentí vergüenza. Mi primera necesidad fue la de satisfacer el sentimiento de pudor y a ello me apliqué tapándome lo que pude con las manos.

Para mi vestuario indagué las distintas posibilidades que me ofrecía el entorno: ¿Un traje de hojas de palmera? La ventaja del camuflaje era indudable pero no me pareció digno de mi persona. ¿Algas y conchas en determinadas zonas? Lo rechacé de plano pues, según se dice, esta era la vestimenta de las sirenas. Nunca.

Deambulé por la playa y, por fin, di con la solución.

Blanqueado por el sol, en el borde alto de la arena, yacía

un enorme caparazón de tortuga. Con esfuerzo me introduje por el extremo inferior y saqué la cabeza y mis extremidades anteriores por las correspondientes aberturas.

En esta posición me quedé largo tiempo con sentimientos encontrados. Por una parte, había descubierto la cobertura perfecta que me brindaría protección y abrigo. En caso de peligro haría como el sabio quelonio replegándome en el interior de la coraza quitinosa. El inconveniente era que no me podía levantar; lo cual limitaba, en gran medida, mis posibilidades de supervivencia.

Finalmente, agotadas las combinaciones metódicas de movimientos posibles de patas y cabeza, conseguí ponerme en pie. ¡Ay! Debo decir que el resultado fue magnífico. Ahí estaba yo, Jonás Plum, renacido como una nueva especie. La seguridad del galápagos combinada con la agilidad e inteligencia humanas. La «tortuga sapiens». Para completar mi atuendo y protección dispuse sobre mi cabeza una cáscara de coco. Las largas fibras de su extremo contribuían a resaltar, de forma natural, mi importancia como única alma, y por tanto, gobernador de la ínsula.

Un palo de medida adecuada, arrojado por el mar, me serviría de báculo, de cetro y, llegado el caso, arma ofensiva.

Tras dormir en la playa el primer día de infortunio decidí cambiar de atuendo. Así es el ser humano: lo que un día nos causa la más viva ilusión, al siguiente decepciona.

Amanecí con las placas ventrales al sol, invadido por una profunda tristeza al ser consciente de mi doble destino: como humano la soledad más absoluta y como tortuga una muerte espantosa a manos del sol tropical y a pinzas de cangrejos carnívoros.

Después de patelear inútilmente logré volver a la condición de hombre desnudo escabulléndome, no sin dificultades, por el orificio de entrada.

Mi alegría fue inmensa. Arrojado por las olas he descubierto un baúl que debió de largar por la borda un alma sensible, que entre lo peor también se encuentran.

Sin duda habían tenido la caridad de meter en él aquello necesario para mi supervivencia en tan difíciles condiciones. Tras arrastrar el bulto a lugar seguro, a la sombra de las palmeras, decidí abrir este mi tesoro.

He aquí lo que en él he encontrado:

1. Unas enaguas, fruto, probablemente, de algún antiguo botín. No sé con qué intención las habrán incluido en el lote, pero podría confeccionarme con ellas unos calzones adecuados a mi porte.
2. Una caja con papel y tinta china suficientes para escribir una enciclopedia. Es algo que no descarto cuando finalice estas memorias.
3. Cuatro cuentas de colores. Me pueden ser útiles para negociar con los indígenas, si los hay. Incluso pudiera ser que las cambiase por oro, como hicimos los españoles en épocas más prósperas. Quién sabe si después de todo, quizá llegue a ser, por fin, rico.
4. Una aguja.

En ese instante me asaltó la duda más terrible. Es cierto que esto último resulta un útil muy útil, valga la redundancia. Con ella puedo coser mi vestimenta y las hojas de palmera que serán techado de mi morada a la cual he decidido llamar «Casa del Gobernador». Sin embargo, hay algo más

acuciante y es procurar un medio para aportar variedad a mi menú, que hasta ahora ha consistido únicamente en diversas preparaciones de coco. Sin más dilación he dedicado el resto del día a hacer de la humilde aguja un eficiente anzuelo. Y a dormir con la satisfacción del deber cumplido.

Por la mañana, rebuscando en el baúl, para mi sorpresa, descubrí un anzuelo. Como ya tengo uno, voy a hacer de él una aguja.

He decidido, como medida prudente, no aventurarme, sin contar con más armas que mi ingenio, más allá de la falda de una colinilla que domina la playa.

Antes de disponerme a relatar los acontecimientos que me han llevado a este infortunio, baste decir que mi hogar se denomina ahora «La gruta del Gobernador». Una pequeña cueva, con vistas al ancho mar, me cobija. Vivo con una dieta similar a la de mis amables vecinas las iguanas, pero incluyo además crustáceos y moluscos. Las algas diversas y el agua, que se filtra por las paredes de mi vivienda y que lamo regularmente de la roca, me proporcionan un complemento alimenticio idóneo para los humores corporales. No me duele haber roto la aguja-anzuelo al primer intento.

Más grave fue la pérdida del anzuelo-aguja, lo cual me ha obligado, sin merma de mi virilidad, a vestirme con enaguas.

Debo decir que a todo se acostumbra uno y que los ejercicios gimnásticos y de saltos que realizo matinalmente me han proporcionado, junto con mi vida ordenada, una excelente forma física y sobresaliente elasticidad.

